

## Diderot en España: una revisión crítica

Es un hecho incuestionable que, para bien o para mal, en los modos de funcionamiento de la crítica histórica, literaria o artística se ha consolidado ya, un auténtico lugar de privilegio, el mecanismo de los Centenarios y demás conmemoraciones. En el seno de una sociedad presuntamente tecnológica, que se considera a sí misma como el paradigma de la racionalidad, el investigador en ciencias sociales parece obligado a sentir un cierto sonrojo y culpable por su dedicación a disciplinas «inútiles», y a menudo sólo se atreve a dirigirse al público cuando un acontecimiento exterior (un Centenario) otorga a su osadía la justificación de la efemérides. Al mismo tiempo, las grandes empresas de la comunicación se suelen sentir en tales ocasiones más predispuestas a conceder sus valiosos medios, dado que han conseguido que un Centenario, sea de lo que sea, aumente ipso facto sus ventas. De ahí también la curiosa búsqueda de tres pies al gato a la que estamos asistiendo ya en ocasiones cuando no se puede esperar a que se cumplan verdaderos períodos de cien años y celebramos entusiastas el «480 aniversario de...».

El caso del recién conmemorado centenario de la muerte de Denis Diderot, ocurrida el 31 de julio de 1784, es una buena muestra de la ambivalencia de estos procedimientos críticos. Si, por un lado, al socaire de este acontecimiento, se han producido en Francia valiosísimas investigaciones y serios programas públicos de difusión de la obra del filósofo<sup>1</sup>, en nuestro país esta espléndida ocasión se ha saldado, en el mejor de los casos, con una difusión que sólo podemos calificar de incompleta y epidérmica. No han faltado excepciones, como el extraordinario Suplemento dedicado al tema por el diario *El País*, el día 31 de julio de 1984, notable esfuerzo de puesta al día crítica que superó con creces lo meramente periodístico. Sin embargo, el desconocimiento oficial ha sido casi absoluto. Y no podía ser menos: Diderot ni era español, ni podía ser recuperado como supuesta raíz por alguna Comunidad Autónoma deseosa de antepasados. Incluso una institución semioficial tan prestigiosa como el Centro de Estudios del Siglo XVIII de Oviedo ha ignorado simplemente lo que ocurría en Francia en 1984, con una preocupación legítima pero en algunos momentos obsesiva por la Ilustración española. Lo que de bueno ha producido el Centenario de Diderot en España ha quedado, pues, una vez más, al nivel iniciático de los dieciochistas profesionales (y no ciertamente por culpa de éstos).

<sup>1</sup> Citaré, tan sólo, a modo de ejemplo, la magnífica exposición *Diderot. L'Art de Boucher à David*, celebrada en el Hotel de la Monnaie de París entre octubre de 1984 y enero de 1985, y cuyo catálogo constituye ya una obra de imprescindible consulta en la bibliografía diderotiana.

Lo cierto es que Diderot no ha tenido nunca suerte con España. Ni siquiera entre sus propios contemporáneos hispanos llegó a ser conocido y odiado al mismo nivel que Voltaire<sup>2</sup> o Rousseau<sup>3</sup>. Para ser justos, hay que señalar que a ello no es ajeno el hecho de que muchas de las obras del filósofo que hoy consideramos como las más importantes permanecieron inéditas durante su vida<sup>4</sup>, y sólo fueron conocidas por muy restringido círculo de allegados. Y ello, en muchas ocasiones, por decisión consciente del propio Diderot por razones de prudencia política. Incluso algunas de las obras que vieron la luz durante su vida apenas fueron conocidas del público, como por ejemplo aquéllas que, como los famosos *Salons*, publicó en la *Correspondance Litteraire*, especie de periódico manuscrito que dirigía su amigo Grimm, y que sólo se enviaba a precio muy elevado a contadísimos personajes de la alta sociedad europea<sup>5</sup>. Sabemos también de la confusión que reinaba a menudo en cuanto a la autoría de ciertas obras ilustradas, lo que daba pie a atribuciones que hoy nos pueden parecer disparatadas: así, por ejemplo, a Diderot se atribuyó durante mucho tiempo el *Code de la Nature*, de Morelly. Naturalmente, este tipo de confusiones resultaban notablemente ampliadas en España por la distancia tanto física como ideológica.

Así, Diderot es escasamente citado en los escritos españoles del XVIII y comienzos del XIX. Por supuesto, el gran enemigo a batir para los portavoces del Antiguo Régimen es siempre Voltaire (pese a que hoy podemos comprobar que su pensamiento político era mucho menos radical y peligroso que el de Diderot). Junto a Voltaire, la Enciclopedia es siempre considerada como un semillero de ideas nefastas (aunque, a menudo, su aspecto de difusora de ciertos conocimientos técnicos fue apreciado por círculos reformistas), pero el nombre de Diderot se asocia a ella de un modo vago, considerándolo más como mero artífice que como pensador original.

Diderot aparece, por ejemplo, citado por el Duque de Almodóvar en su *Década epistolar sobre el estado de las letras en Francia*. En esta obra, Almodóvar menciona los *Pensées philosophiques*, *Les Bijoux Indiscrets*, la Enciclopedia, y le atribuye el haber publicado el *Système de la Nature* bajo el seudónimo de Mirabeau: una buena muestra del desconocimiento general de las obras más importantes del *philosophe*.

Del mismo modo, M. Defourneaux<sup>6</sup> nos informa de las reacciones inquisitoriales a la obra de Diderot. En 1766, el Santo Oficio condena los *Pensées philosophiques*. En 1804 *Jacques le Fataliste*, y en 1807 emite una condena general de toda su obra conocida. También fueron condenados, por la acusación de inmoralidad, los *Bijoux Indiscrets*. Y el propio Defourneaux concluye que Diderot no parece haber llamado en exceso la atención de la Inquisición.

Un nuevo ejemplo lo podríamos encontrar en la publicación, en 1792, de

2 Vid. F. Lafarga, *Voltaire en España (1734-1835)* (Ediciones de la Universidad de Barcelona, 1982).

3 Vid. J. R. Spell, *Rousseau in the Spanish World before 1833* (Gordian Press, New York, 1969).

4 Por ejemplo, *La Religieuse*, *Jacques le Fataliste*, el *Supplement au Voyage de Bougainville*, *Paradoxe sur le Comedien*, *Le Rêve de D'Alembert*, etc.

5 En esta publicación insertó Diderot un pequeño apunte biográfico del gran ilustrado español Pablo de Olavide, al que probablemente conoció en París.

6 M. Defourneaux, *Inquisición y censura de libros en la España del siglo XVIII* (Taurus, Madrid 1973) pp. 170, 187 y 198.

un opúsculo anónimo antiilustrado titulado *El éxito de la muerte correspondiente a la vida de los tres supuestos héroes del siglo XVIII, Voltaire, D'Alembert y Diderot*, obra en la que Voltaire ocupa, para su desgracia un papel muchísimo más destacado que el de sus dos colegas.

Un cierto reconocimiento sí obtuvo, en cambio, el teatro diderotiano, aunque sólo a nivel de conocimiento de sus obras dramáticas, y no de sus importantísimos escritos teóricos en torno a la reforma del teatro. Sabemos, por ejemplo, que en el círculo ilustrado en torno a Olavide se representaron alguna vez dramas de Diderot. En 1785, por otro lado, se traduciría en Madrid, por Lorenzo María de Villarroel, *El Padre de Familia*; y en 1787, *El Hijo Natural*, por Bernardo María de Calzada, traductor, además, de Voltaire y Condillac y procesado por la Inquisición en 1790-91.

Otras referencias, en esta coyuntura fin de siglo, aparecen, por ejemplo, en la obra de Juan Andrés, *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura* (10 vols., 1784-1806) o, antes, en las *Investigaciones filosóficas sobre la belleza ideal* de Esteban de Arteaga (1789). De todas formas, todas estas referencias tienen algo en común: se conocen muy pocos textos diderotianos, y este escaso conocimiento da pie para fundamentar la leyenda de un Diderot tolerable como novelista y como dramaturgo, y netamente despreciable como filósofo y pensador. Juicio que, en lo sustancial, ya no se alteraría a lo largo del siglo XIX, en el que Diderot pasó a convertirse casi en una sombra vaga y amenazadora (por poco conocida) de la Revolución. Con la sola excepción de ciertos eruditos contados que llegaron a disponer y consultar la edición de *Oeuvres complètes* realizada ya a fines del XIX por Assezat y Tourneaux.

Esta edición ha quedado superada ya hace tiempo (y mucho más desde que J. Lough, Jacques Proust y Jean Varloot han acometido la realización de una nueva edición crítica que, sin duda, será prácticamente definitiva), pero no cabe duda que permitió a ciertos intelectuales de nuestro país un mejor conocimiento de los textos, el cual, sin embargo, no se tradujo en una modificación de la fórmula ya codificada de «buen crítico y literato pero mal pensador». Entre ellos destaca por méritos propios la figura de Marcelino Menéndez Pelayo. El polígrafo santanderino dedicó a Diderot varias páginas de su *Historia de las ideas estéticas*, y en ellas lo caracterizaba como genio estético prácticamente prerrománico, al tiempo que dirigía fuertes críticas a su concepción del drama burgués y al sentido moralizador que atribuye siempre al teatro; pese a todo, dando pruebas de su norme agudeza de juicio, llegaba a considerarlo como el espíritu más genial y original de la Ilustración<sup>7</sup>.

Todo este cúmulo de ideas sobre Diderot, acuñadas y fijadas en el siglo anterior, se han reproducido sorprendentemente casi hasta los momentos actuales, de modo que todos los que en España se han propuesto recientemente

7 Dice Menéndez Pelayo: «El hombre que en 1760 escribió estas palabras proféticas, lo repito, y en las cuales puede leer cualquiera toda la historia ya cumplida de la poesía del siglo XIX, de su sangriento bautismo, de su vuelta a la tradición y a la naturaleza, pudo no tener ni medida ni criterio seguro en las cosas de arte y desbarrar torpemente en otras más altas, pero indudablemente fue el pensador más genial y poderoso de su tiempo. En su frente de réprobo todavía se descubre el sello de los fuertes y de los grandes con que Dios le había marcado». En *Historia de las ideas estéticas en España*, 4 ed. (CSIC, Madrid 1974) vol. I, pp. 1033-34.

acometer el estudio científico de su obra han tenido que comenzar por autoconvencerse (y convencer a los demás) de la importancia capital de Diderot en la historia del pensamiento occidental.

De hecho, si lanzamos una ojeada a las traducciones de obras de Diderot disponibles para el lector español, comprobaremos la ausencia de una serie de textos esenciales y, por contra, las reiteradas ediciones y traducciones de algunos otros.

En particular, las traducciones de obras narrativas ocupan un primerísimo plano, y no es extraño que el público le considere, además de enciclopedista, como un mero novelista. Así, por ejemplo, *El sobrino de Rameau* fue objeto ya en 1968 de una edición por Ed. Ciencia Nueva, que aprovechaba la traducción décimonónica de N. Estévez e incluía una introducción de Valeriano Bozal; de esta obra se dispone actualmente, además, de la edición realizada por Félix de Azúa para la Ed. Bruguera, de otra del propio Azúa para Alfaguara, y de una muy reciente, con introducción de Jacques Proust, para Planeta. También del *Sobrino de Rameau* está a punto de aparecer, en Ed. Cátedra, una edición realizada por la gran especialista en la narrativa de Diderot Carmen Roig. En cuanto a *Jacques le Fataliste*, aparece también incluido en las ediciones citadas de Alfaguara y Planeta, y de la misma obra existen al menos otras dos versiones disponibles: la de Alianza Editorial, de 1978, con el poco afortunado título de *Santiago el Fatalista*, y la edición bilingüe realizada por Francisco Lafarga (uno de los mejores conocedores de Diderot en España) para la editorial Bosch. *La Religiosa* aparece incluida en la edición de Félix de Azúa para Alfaguara, y ha conocido también alguna edición más tendente a aprovechar el escándalo que suscitó en Francia la película realizada sobre la obra: así, una edición de Mundi-Libro, Barcelona 1977, incluía una portada claramente destinada a presetar a la obra como cuasi-pornográfica. De la primera y más escandalosa novela de Diderot, *Les Bijoux Indiscrets* disponemos de una edición realizada en 1978 por Hiperión. Otros textos de corte narrativo también traducidos son: *Esto no es un cuento*, *Los dos amigos de Bourbonne* y *La señora de la Carlière*, publicados juntos en Alianza Editorial en 1974 (con el añadido del corto texto *Autores y críticos*), con una introducción de Luis Pancorbo.

Mucha menor atención se ha prestado a los textos filosóficos de Diderot, de acuerdo con la idea hasta hace muy poco dominante de su escasa originalidad como filósofo. Precisamente, la mayoría de las pocas traducciones existentes de estos textos, en su mayoría cortos y ciertamente poco acordes con la visión académica y tradicional de lo que debe ser un escrito filosófico, se han hecho con intención deliberada de romper con dicha idea y mostrar toda la riqueza del pensamiento filosófico diderotiano. Cabe destacar, en este sentido, la edición de *Escritos Filosóficos* realizada en 1975 por Fernando Savater para la Editora Nacional, y en la que se incluyen textos tan decisivos como el *Coloquio entre D'Alembert y Diderot*, el *Coloquio de un filósofo con la mariscal de...* o el *Lamento por mi Bata Vieja*. La mítica colección Austral, había publicado ya, por otra parte, en su número 1112, la *Vida de Séneca*, una importante obra filosófico-política. También disponemos de una edición de los *Pensamientos filosóficos* (Buenos Aires, Aguilar, 1973) prologada por Francisco Calvo Serraller, así como de otra de la *Carta sobre los ciegos para uso de los que ven*. Existe también en castellano una edición del *Supplement au Voyage de Bougainville*, incluida como

apéndice en la traducción del *Viaje alrededor del mundo*, realizada por Ed. Adiax en 1982. Permanecen, no obstante, sin traducir algunos de los escritos filosóficos más decisivos de Diderot, como las anotaciones a Shaftesbury, *La promenade du Sceptique*, la *Lettre sur les sourds et les muets*, los escritos de polémica con Helvetius, etc. De los artículos de la Enciclopedia, unos pocos aparecen incluidos en la reducida edición que con el título *La Enciclopedia*, publicó Ed. Guadarrama en 1970, y se espera la inminente aparición de una edición realizada por J. M. Bermudo para la Editora Nacional de los artículos de historia de la filosofía que incluyó Diderot en la obra.

Prácticamente inéditos en España son también los textos estéticos, pese a la importancia de Diderot en la fundación de la nueva teoría del drama burgués y en la creación de la moderna crítica de arte. Existen, ciertamente, varias ediciones de la *Paradoja del Comediante* (la más accesible, la incluida en la selección citada de Fernando Savater), pero se ignoran otros textos básicos como el *Discours sur la poésie dramatique*, los *Entretiens sur le Fils Naturel* o las propias obras de teatro *Le Fils Naturel* y *Le Père de Famille*. Menos suerte han tenido aún los importantísimos escritos sobre pintura o estética en general. De ellos, sólo conozco la traducción del art. 'Beau' de la Enciclopedia, realizada por F. Calvo Serraller para Ed. Aguilar. Pero permanecen sin versión española accesible el *Essai sur la peinture*, los *Pensées détachées sur la peinture* y, sobre todo, los decisivos *Salons*, verdadera piedra fundacional de la crítica de arte.

Otro tanto ha ocurrido con las obras políticas de Diderot, omisión grave si se tiene en cuenta que Diderot representa una de las alas más radicales de la Ilustración en este terreno. El lector español ignora su dura crítica del despotismo ilustrado en las *Pages contre un tyran* (referida a Federico II), su lucha por un nuevo modelo de intelectual burgués (*Mémoire sur la liberté de la presse*), su comprensión del fenómeno revolucionario (*Apostrophe aux insurgents de l'Amérique*), el fracaso de su experiencia rusa con Catalina II (*Mémoires par Catherine II*), los importantes artículos políticos escritos para la Enciclopedia, o las declaraciones radicales contenidas en las páginas que escribió para la *Histoire des Deux Indes* del abate Raynal.

Cabe también destacar la ausencia de traducciones de la riquísima correspondencia de Diderot, género que no es en absoluto menor y del que supo hacer uno de los vehículos primordiales de su pensamiento. No existe, que yo sepa, en castellano ni una muestra de sus polémicas cartas al escultor Falconet, o de su Correspondencia con Sophie Volland, o de los miles de importantes cartas que intercambió con prácticamente todas las figuras de la Ilustración.

Si de las traducciones de obras de Diderot pasamos al terreno de las traducciones de los estudios sobre su obra, el panorama sigue siendo desolador. Para empezar, existe el hecho escandaloso de que en ninguna biblioteca pública española se puedan encontrar, al menos que yo sepa, dos revistas fundamentales como son: *Studies on Voltaire and the Eighteenth Century* y *Diderot Studies*. Y en cuanto a los trabajos básicos de la bibliografía sobre Diderot, permanecen en su práctica totalidad sin traducir. Por citar algunos de los más importantes, así ocurre con las obras de Jacques Proust, el más importante diderotista actual, autor, por ejemplo, de *Lectures de Diderot* o su imprescindible tesis *Diderot et l'Encyclopedie*. Lo mismo para las obras de Herbert Dieckmann, el descubridor del Fonds Vandeul con gran cantidad de papeles inéditos del filósofo, y autor de

*Cinq leçons sur Diderot* o de la recopilación *Il realismo di Diderot*. De F. Venturi no se ha editado su *La jeunesse de Diderot*, aunque sí *Los orígenes de la Enciclopedia* (Barcelona, Crítica, 1981). Tampoco el *Diderot: the Testing Years*, de A. M. Wilson; el *Diderot «philosophe»*, de Paolo Casini, y un largo etcétera que es imposible reseñar aquí.

Disponemos, así, en España, de una ridícula muestra de la inmensa producción bibliográfica sobre Diderot. Cabe destacar la traducción realizada por Laia en 1972 del *Didrot par lui même*, de Ch. Guyot, obra discutible en algunos puntos pero con abundantes trozos escogidos de textos. Ed. Siglo XXI tradujo también una obra que fue enormemente polémica en Francia: *Diderot, del ateísmo al anticolonialismo*, de Yves Benot, donde se mantienen tesis muy arriesgadas pero siempre sugerentes sobre la política de Diderot. También hay, por ejemplo, un capítulo dedicado a la antropología de Diderot en la importante obra de M. Duchet, *Antropología e historia en el siglo de las Luces* (México, Siglo XXI, 1975).

Pero este sombrío panorama en el capítulo de traducciones tanto de textos como de estudios tiene un curioso contraste en la brillantez de ciertos estudios sobre Diderot realizados, o en curso de realización, en nuestro país en los últimos años. Buena muestra de ello, en primer lugar, son los trabajos de J. M. Bermudo Avila. Su *Diderot* (Barcelona, Barcanova, 1981) es una de las mejores reflexiones de conjunto sobre la obra del filósofo, al igual que su trabajo sobre Diderot escrito para la obra colectiva *Los filósofos y sus filosofías* (Barcelona, Vicens Vives, 1983). También hay interesantes reflexiones en su obra *La filosofía moderna y su proyección contemporánea* (Barcelona, Barcanova, 1983). Por su parte, Félix de Azúa, traductor de Diderot, ha producido uno de los más completos análisis de sus ideas estéticas en su obra *La paradoja del primitivismo* (Barcelona, Seix Barral, 1983), mientras que Francisco Lafarga trabaja sobre la difusión de Diderot en España. Asimismo, Carmen Roig es autora de una tesis doctoral sobre la narrativa de Diderot de inminente publicación por la Universidad Complutense de Madrid.

La conmemoración del Centenario dio lugar, por ejemplo, a la celebración en septiembre de 1984 en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander de un Seminario titulado «Bicentenario de Diderot: un pensamiento sin dogma», dirigido por Jacques Proust y coordinado por el especialista en manuscritos clandestinos del siglo XVIII Miguel Benítez. Junto a ellos intervinieron, con importantes puestas al día, Carmen Roig, Michel Delon, Mariano Peñalver, Francisco Jaraúta, Francisco Lafarga, Antonio Hermosa... La publicación de las ponencias de este Seminario será sin duda un revulsivo para los estudios diderotianos en España. Junto a ello, y también al calor del Centenario, hay que destacar el extraordinario Suplemento citado de *El País* (textos, entre otros, de F. de Azúa, F. Savater, L. Sciascia, A. Calzolari, I. Sotelo, J. Proust, F. Calvo Serraller, F. Lafarga, etc.), o el número extraordinario de septiembre de 1984 de la *Rvista de Estudios Políticos* (con textos de J. Proust, A. Porras, G. Dulac, R. Soriano, A. Hermosa, H. Coulet, y la traducción de algunos artículos políticos de la Enciclopedia —con la salvedad de que se incluye el art. 'Rappresentants', sin señalar la posible autoría de D'Holbach). Se pueden citar también los ejemplos de la revista *Las Nuevas Letras*, cuyo número 2 estará dedicado a «Diderot y la estética de la Ilustración», o el número monográfico de la revista valenciana *Debats* (septiembre 1984), respecto al cual hay que lamentar, sin embargo, que

se haya recurrido en exceso al fácil expediente de recortar trozos de obras publicadas fuera de España, ignorando en buena medida las investigaciones originales.

De este breve repaso se podría extraer una conclusión clara. En España, el gran público conoce sobre todo al Diderot novelista, y en este punto comienza realmente a ocupar el lugar que le corresponde en la historia de la literatura. Son en cambio conocidas de modo muy incompleto sus facetas de teórico dramático y estético, y prácticamente desconocido su pensamiento filosófico, político y antropológico. Existe, sin embargo, una fructífera investigación diderotiana en España que puede, en muy breve plazo, modificar esta situación.

Es necesario, sin embargo, para ello, partir de la comprensión del carácter multiforme, variable, dialéctico y antidogmático del pensamiento de Diderot, y recordar que él mismo no establecía distinciones entre los géneros que cultivaba: sus ideas globales, como ilustrado, se expresaban, de modo aparentemente desordenado (hasta el punto que en ocasiones se le ha acusado de caótico), lo mismo en una carta privada, una novela, el comentario sobre un cuadro, o un artículo sobre la Enciclopedia. La primera tarea del investigador es, así, conjurar el peligro de que estas lagunas de conocimiento que hemos detectado puedan llegar a amputar en nuestro país la multiformidad esencial del pensamiento diderotiano. Ensalzar a Diderot como literato y rechazarlo como pensador no es una injusticia sino una falsedad: la respuesta no debe ser decir que fue tan importante filósofo como novelista, sino reivindicar el hecho de que, al ser novelista, era también y ante todo un *philosophe*.

JUAN A. CALATRAVA ESCOBAR  
Director de Formación del Profesorado  
del ICE. Universidad de Granada.